
Lo que se Oye Desde una Silla del Prado

Pedro Antonio de Alarcón

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5983

Título: Lo que se Oye Desde una Silla del Prado

Autor: Pedro Antonio de Alarcón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 3 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 3 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Lo que se Oye Desde una Silla del Prado

(VERANO DE 1874)

* * *

¡Qué noche tan hermosa!

—¡Hermosísima!

—Y ¡qué calor ha hecho hoy!... Figúrese usted que esta mañana...

* * *

—Agur...

—Adiós...

—Muy buenas noches...

* * *

—Pues, sí, señor; como le iba diciendo a usted...

* * *

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¿Has conocido a ése? Es aquel que el año pasado...

* * *

—¡Agua, aguardiente y azucarillos! ¡Agua!

* * *

—¡Niñas! ¡Niñas! ¡Más espacio!

—Tenga usted cuidado, Arturo; ¡que nos llama mamá!

* * *

—¡Barquillero!

* * *

—¡Matilde, eres un ángel!... ¡Eres una diosa!... ¡Eres una!...

* * *

—¡Pero, ¡hombre! ¡Esa mujer es una arpía! Gustavo debía divorciarse...

* * *

—¡Ramitos y camelias! ¡La vara de nardo a dos reales! ¡Señorito, cómpreme usted una!...

* * *

—¡Allá van! ¡Ella es! ¡Aprieta el paso!... ¡Bendita sea la gracia!

—¡Aquí vienen! ¡Ellos son!... ¡Qué tontos!

* * *

—¡Caballero! ¡Que no tengo padre! ¡Una limosnita por el amor de Dios!

* * *

—*¡La Correspondencia!*

* * *

—Pues bien: ¡desde entonces estoy cesante!... ¡Esto no es país!

* * *

—¡Chico! ¡Chico! ¡Buen turrón! ¿Y cómo te las has compuesto?

* * *

—Es un cuadro muy bonito. Pero a mí me gusta más aquel en que *Pepita Jiménez* y el teólogo...

* * *

—Lo que usted oye. Murió *ab intestato* y me correspondió la mitad de la herencia. Yo no le había hablado nunca...

* * *

—Lo mismo creo yo. La crisis es infalible. ¡Así no podemos seguir! Cristino será ministro antes de un mes.

* * *

—Y ¿qué hiciste tú? ¿Le devolviste su carta con una bala?

—¡Le dí dos bastonazos, y en paz! No tenía él la culpa, sino ella...

* * *

—Pues dicen que los carlistas están en Guadalajara...

—¡Mejor!

—¡Lo mismo me da!... ¡Esto es horroroso!

* * *

—¡Señorita! ¡Merengues! ¡Acabaditos de hacer!...

* * *

—Adiós. Yo me voy al concierto del Retiro. Aquello estará más fresco.

* * *

—¡Oh! ¡Si yo encontrara una mujer que me comprendiese! ¡Una mujer... !

* * *

—¡Ay! ¡Si yo encontrara un hombre digno de ser amado! ¡Un hombre... !

* * *

—Hoy se cierra el juego. ¡Cómpremelo usted, señorito, que va a salir!

* * *

—Entonces me apretó la mano y expiró... Tenía veintiséis años.

—¡Pobre Adelaida!

* * *

—Pues yo los clasifico de otro modo: Frascuelo es Shakespeare, y Lagartijo es Corneille. Frascuelo representa una revolución en el arte, mientras que Lagartijo...

* * *

—¡Nada! Convéznase usted... Todas las cuestiones se resumen en una, que es la cuestión teológica. En mi concepto, la presciencia de Dios y el libre albedrío del hombre son los dos únicos puntos que hay que dilucidar al discurrir sobre la pena de muerte.

* * *

—¡De manera que el traje completo te ha venido a costar unos seis mil reales! Para estar hecho en París, no es caro...

* * *

—¿Y cree usted que pronto habrá elecciones?

—No sé. Pero los distritos hay que cultivarlos sin cesar. Si logro que me quiten el estanquero de...

* * *

—¡Señora, que tengo tres hijos, y soy viuda, y estoy enferma!...

—¡Jesús, qué mendigos éstos! ¡No la dejan a una pasear! ¡Perdone usted por Dios, hermana! Dios la ampare.

—Mamá, llévanos al café Suizo...

—Todavía es muy temprano. Luego iremos...

* * *

—Está usted equivocado. Donde reside el alma es debajo de la dura mater, al principio del cerebelo. Drelincour dice...

* * *

—¡Mañana sale, jugadores! ¡El 8.250! ¡El premio de 60.000 duros!

* * *

—Pero, Manuel: ¿cómo duda usted de mí? ¿Me cree usted capaz... ?

* * *

—Pues sí, chico: al poco tiempo supe que amaba a otro...

* * *

—Oye... ¡Pero no te acerques mucho!...

—¿Qué? ¡Habla!... ¡Habla, bien mío!

—Mañana sigue la novena. ¡Que no faltes!...

—¡Bendita seas!

* * *

—¿Yo?... Veinte cuartos. ¿Y tú, cuánto tienes?

—¿Yo?... Una pesetilla...

Entonces podemos ir. ¡Verás qué mujer y qué manera de bailar el can—can!

* * *

—¿Y nuestras pérdidas?

—Nuestras pérdidas han sido insignificantes: veinte muertos y un contuso. Los carlistas, en cambio, han tenido más de mil bajas y... tres prisioneros...

* * *

—¿Y de qué es el aderezo?

—De perlas. Me ha costado un dineral. ¡Oh! Es una mujer encantadora. Mañana cenamos juntos.

* * *

—Igual me pasa a mí con este reuma de todos los diablos. Estoy peor que antes de ir a Archena.

* * *

—¿De modo que se casaron anoche?

—Anoche mismo.

* * *

—¡Qué barbaridad! ¡Jugar *un dos* a la derecha contra un *cinco*! Es una carta que no se da nunca.

* * *

—¡Mañana, a las seis, en el baño de la Elefanta! Mi doncella se quedará atrás...

* * *

—Según eso, ahora está amaneciendo en la Habana, y son las once del día en la Nueva Zembla.

—Justamente, hijo mío.

—Dime, papá: ¿y creen los moros que todos los cristianos vamos al infierno?

—Te diré...

* * *

—Mañana, a las ocho, en la iglesia de San Sebastián... Capilla de la Virgen. —Pero ten cuidado, pues mi cochero empieza a escamarse...

* * *

—¿Y nada más que por eso se ha suicidado? ¡Qué animal! ¡Habiendo tantas Clotildes en el mundo!

* * *

—Señores: los derechos individuales son anteriores y superiores a la ley escrita. El derecho es inmanente y consubstancial de...

* * *

—¿Quién es éste?

—Ruiz el peluquero.

* * *

—¡Fósforos y cerillas!

* * *

—La verdadera felicidad consiste para mí en oír una buena ópera. La música es el arte por excelencia, por lo mismo que no expresa nada terminante.

* * *

—¡Señor, que me falta un ochavo para una rosca!

* * *

—Tranquilícese usted. Nuestro negocio es segurísimo. El trigo no puede menos de subir este año a noventa reales. Vendemos entonces las diez mil fanegas y compramos cebada...

* * *

—¡Oh! ¡Pues lo que es usted se conserva perfectamente! ¡Parece hermana de sus hijas!... ¿Se acuerda usted de Valencia?

—¿No me he de acordar? ¡Qué mundo éste, D. Francisco!

* * *

—¡Nada! No puedo pagarle a usted... Ejecúteme si quiere. Cargue usted con mi mujer y con mi suegra...

* * *

—¡Hombre! Extranjero por extranjero, prefiero un rey alemán. ¡Ahora la cuestión es que quiera venir! En cuanto a Inglaterra...

* * *

—¡Partís de un error! El cólera morbo existía ya en tiempo de los Faraones... Cuando yo haga el grado de licenciado, escribiré una Memoria...

* * *

—Eduardo, ¡mire usted qué hermosa sale la luna!

* * *

—¡Oh, sí, los radicales tienen la culpa de todo!

* * *

—¡Más hermosa es usted, Condesa!...

* * *

—Pues, en ese caso, tendrá que marcharse como D. Amadeo.

* * *

—A mí me robaron los cantonales...

* * *

—¡Oh! ¡Yo te adoro! ¡Yo te idolatro!

—¡Calla! ¡Que te oyen!...

* * *

—Y a mí me han robado los carlistas...

* * *

—El cólera fue una de las siete plagas de Egipto...

* * *

—¡Eso... lo veremos! Si tu padre se opone, te depositaré judicialmente.

* * *

—¡Pobre muchacho! ¡Haberle tocado la quinta! ¡Un pintor tan bueno!

* * *

—Yo lo compré a 48, y hoy ha quedado a 11.

—Pues yo lo he comprado hoy a 11. ¡Veremos lo que el tiempo da de sí!

* * *

¡Hemos roto las sillas, los espejos, todo! En fin, nos hemos divertido mucho.

* * *

—Mañana predicará en el Carmen. ¡Ya verá usted! Es un verdadero apóstol.

* * *

—¡Pobre Enrique mío! ¿Quién había de decirme que se moriría antes que yo? Crea usted que, si he vuelto a casarme, ha sido solamente...

* * *

—Eso va en gustos. Yo prefiero el melón valenciano a la piña de América. La piña tiene demasiada fibra lechosa.

* * *

—¡Pura superstición! ¡El espiritismo es la ciencia de las ciencias y la religión de las religiones!

* * *

—Pero, hombre... , ¿dice usted que se ha vuelto loco? ¡Parece imposible! Él fue siempre tonto de remate.

—¡Ahí verá usted!

* * *

—Señores... , ¡al tiempo!

—¡Pues yo le repito a usted que el príncipe Alfonso es la fórmula del porvenir!

—¿Y qué tal lo pasan ustedes en La Granja?

—¡Oh! ¡Allí se vive admirablemente! ¡Con tal que los carlistas no vayan a darnos un susto!...

* * *

—*¡El Cencerro! ¡El Cencerro!*

* * *

—Vuelvo a aconsejarle a usted que se suscriba. Es un periódico de primer orden.

—¿Y cómo dice usted que se titula?

—*La Ilustración Española y Americana.*

—¡Ah! Sí, he oído hablar de ella en casa del tío.

* * *

—¿Vámonos?

—Vámonos, que principia a sentirse mucha humedad.

* * *

—Hasta mañana,

* * *

—Adiós...

* * *

—Hasta mañana, Antonio...

—Pepita, hasta mañana.

—¡Niñas, niñas! ¡Más despacio!

* * *

—Buenas noches.

—¡Agur!

—*¡La Correspondencia!*

Pedro Antonio de Alarcón



Pedro Antonio de Alarcón y Ariza (Guadix, 10 de marzo de 1833-Madrid, 19 de julio de 1891) fue un narrador español que perteneció al movimiento realista, en el que destacó como uno de los artífices del fin de la prosa romántica.

Nacido en la localidad granadina de Guadix el 10 de marzo de 1833, su nombre completo fue «Pedro Antonio Joaquín Melitón de Alarcón y Ariza». Tuvo una intensa vida ideológica; como sus personajes, evolucionó de las

ideas liberales y revolucionarias a posiciones más tradicionalistas. Aunque su familia provenía de hidalgos era más bien humilde, aunque no tanto como para no poder permitirse enviarlo a estudiar Derecho en la Universidad de Granada, carrera que abandonó pronto para iniciarse en la eclesiástica. Aquello tampoco le satisfizo y abandonó en 1853 para marchar a Cádiz, donde funda El Eco de Occidente, junto a Torcuato Tárrego y Mateos, iniciando su carrera periodística en la dirección de este periódico.

Alarcón escribía desde su adolescencia, citándose a don Isidro Cepero como el instigador principal de su inquietud literaria. Su primera obra narrativa, El final de Norma, fue compuesta a los dieciocho años y publicada en 1855. Sus inquietudes le llevaron a integrarse en el grupo que se llamó la Cuerda granadina.

Se trasladó en 1854 a Madrid, molesto con el entorno reaccionario de Granada. Allí crea un periódico satírico, El látigo, que también dirige, de cierto éxito, con ideología antimonárquica, republicana y revolucionaria. Era un claro heredero de su experiencia en El Eco de Occidente.

Su primera obra narrativa fue El final de Norma, que no vio publicada hasta 1855. Comenzó a escribir relatos breves de rasgos románticos muy acusados hacia 1852; algunos de ellos, entroncados con el costumbrismo granadino, revelaban el influjo de Fernán Caballero, pero otros demuestran la impronta de una atenta lectura de Edgar Allan Poe, de quien introdujo el relato policial con su novela El clavo, aunque también compuso relatos de terror a semejanza de su modelo. Desde 1860 hasta 1874 agregó a los relatos la redacción de libros de viajes. Estos últimos son Diario de un testigo de la guerra de África (1859), De Madrid a Nápoles (1861) y La Alpujarra (1873), que suponen ya un acercamiento al realismo. En 1874 publicó El sombrero de tres picos, desenfadada visión del tema tradicional del molinero de Arcos y su bella esposa perseguida por el corregidor. Recogió sus artículos costumbristas en Cosas que fueron (1871) y sus poemas juveniles en Poesías. También intentó el teatro con su drama El hijo pródigo, estrenado en 1875.